

**EL CÍRCULO ROJO
Y OTROS CASOS DE
SHERLOCK HOLMES**

LA LIGA DE LOS PELIRROJOS

Las cosas más extrañas e insólitas a menudo están relacionadas, no con los grandes delitos, sino con los más pequeños.

Sherlock Holmes

Al visitar a mi amigo Sherlock Holmes un día de otoño del año pasado, lo encontré enzarzado en animada conversación con un caballero de edad proveyta, rechoncho, de faz rubicunda y cabellos de un color rojo intenso. Excusándome por mi intrusión, me disponía a retirarme, pero Holmes me empujó bruscamente hacia dentro y cerró la puerta detrás de mí.

–No podía haber venido en mejor momento, mi querido Watson –me dijo cordialmente.

–Temía que estuviera trabajando.

–Así es. Y mucho, por cierto.

–Entonces puedo esperar en la habitación de al lado.

–Nada de eso. Este caballero, señor Wilson –dijo a su interlocutor, presentándome–, ha sido mi compañero y ayudante en muchos de mis casos más brillantes, y no me cabe duda de que también en el suyo me será de suma utilidad.

El rechoncho individuo se levantó a medias de su silla y saludó con la cabeza, con una breve mirada inquisitiva de sus ojillos rodeados de carne.

–Pruebe el sofá –dijo Holmes, repantigándose en su bu-

taca y juntando las puntas de los dedos, como tenía por costumbre cuando meditaba—. Ya sé, mi querido Watson, que comparte mi afición a todo lo que es extraño y alejado de lo convencional y de la monótona rutina de la vida cotidiana. Ha demostrado su inclinación al respecto con el entusiasmo que le ha movido a hacer la crónica y, si me permite decirlo, a embellecer tantas de mis pequeñas aventuras.

—Desde luego, sus casos siempre me han interesado mucho —observé.

—Recordará, Watson, que el otro día, poco antes de que ahondáramos en el problema presentado por la señorita Mary Sutherland, yo observaba que, cuando se trata de efectos extraños y combinaciones extraordinarias, debemos recurrir a la propia vida, que siempre es mucho más osada que cualquier esfuerzo de la imaginación.

—Proposición sobre la cual yo me tomé la libertad de expresar mis dudas.

—Así es, doctor, pero no obstante debe aceptar mi punto de vista, pues de lo contrario le expondré un hecho tras otro, hasta que su razón se doblegue y reconozca que yo estoy en lo cierto. Y hoy, el señor Jabez Wilson, aquí presente, ha tenido la amabilidad de visitarme esta mañana y comenzar una narración que promete ser una de las más singulares que yo haya escuchado en bastante tiempo. Usted me ha oído comentar que las cosas más extrañas y más insólitas a menudo están relacionadas, no con los grandes delitos, sino con los más pequeños. A veces, incluso, se dan allí donde hay motivos para dudar de que se haya cometido algún delito realmente. Por lo que he oído hasta el momento, me es imposible decir si el presente caso es o no un ejemplo delictivo, pero lo que sí es cierto es que el discurrir de los acontecimientos se cuenta entre las cosas más singulares que haya oído. Tal vez, señor Wilson, tenga la gran

amabilidad de comenzar de nuevo su relato. Se lo pido, no sólo porque mi amigo el doctor Watson no ha oído la primera parte, sino también porque la índole peculiar de la historia me hace desear obtener todos los detalles posibles directamente de sus labios. En general, cuando capto alguna leve indicación sobre el curso de los acontecimientos, puedo orientarme gracias a los millares de otros casos que acuden a mi memoria. Pero en el que ahora nos ocupa me veo obligado a admitir que los hechos son únicos, que yo sepa.

El obeso cliente abombó el pecho en un gesto de disimulado orgullo y extrajo un periódico sucio y arrugado del bolsillo interior de su sobretodo. Mientras examinaba las columnas de anuncios, con la cabeza inclinada hacia adelante y el diario desdoblado sobre sus rodillas, eché un detenido vistazo al hombre y me esforcé en leer, como hacía mi compañero, los indicios que pudieran ofrecer su indumentaria o su apariencia.

Sin embargo, mi inspección no ofreció gran cosa. Nuestro visitante mostraba todas las trazas de pertenecer al tipo más común de comerciante británico: obeso, pomposo y lento. Llevaba unos pantalones muy holgados a cuadros grises, una levita negra no excesivamente limpia, desabrochada por delante, y un chaleco pardusco con una gruesa cadena de metal dorado, de la que colgaba como adorno una placa cuadrada metálica y perforada. Un sombrero de copa desgastado y un sobretodo ajado de color marrón, con un arrugado cuello de terciopelo, yacían en una silla a su lado. En conjunto, por más que le mirase, nada de notable había en aquel hombre, salvo su flamígera cabellera roja y la expresión de extremo pesar y disgusto.

La rápida ojeada de Sherlock Holmes captó mi curiosidad y, al observar mis inquisitivas miradas, mi amigo meneó la cabeza con una sonrisa.

—Al margen del hecho evidente de que en un tiempo hizo algún trabajo manual, de que inhala rapé, que es francmasón, que ha estado en China y que últimamente ha dedicado un tiempo considerable a escribir, no puedo deducir nada más.

Jabez Wilson se enderezó en su silla, con el índice sobre el periódico, pero con los ojos clavados en mi compañero.

—¡En nombre de lo que más quiera! ¿Cómo ha averiguado todo esto, señor Holmes? ¿Cómo ha sabido que yo hice un trabajo manual, por ejemplo? —inquirió—. Es tan cierto como el Evangelio, puesto que empecé como carpintero de ribera.

—Sus manos, mi querido señor. Su mano derecha es como un número más grande que su mano izquierda, ya que sus músculos están más desarrollados debido al trabajo que han ejercido.

—De acuerdo, pero... ¿y el rapé? ¿Y la francmasonería?

—No quiero insultar su inteligencia contándole cómo lo he descubierto, especialmente cuando lleva un alfiler de corbata con el arco y el compás, contraviniendo las estrictas reglas de su orden.

—Sí, claro. Lo había olvidado. Pero ¿y en cuanto a escribir?

—¿Qué otra cosa puede indicar este puño tan reluciente de la manga derecha y esta zona rozada de su codo izquierdo, allí donde lo apoya en el escritorio?

—¿Y China?

—El pez cuyo tatuaje luce usted en la muñeca derecha sólo puede haber sido hecho en China. He efectuado un pequeño estudio sobre tatuajes, e incluso he contribuido a la literatura sobre el tema. Ese truco de teñir las escamas de los peces de un delicado color rosado es muy peculiar de China. Cuando, además, veo que lleva una moneda china que cuelga de la ca-

dena del reloj, la cuestión resulta todavía más esclarecedora.

Jabez Wilson se echó a reír de buena gana.

—¡Esta sí que es buena! —exclamó—. Creí al principio que había hecho usted algo ingenioso, pero ahora me doy cuenta, después de todo, de que no hay ningún mérito en ello.

—Empiezo a pensar, Watson —dijo Holmes—, que cometo un error al dar explicaciones. Ya sabe que *Omne ignotum pro magnifico est* [Todo lo ignorado se tiene por magnífico], y tal como están las cosas, mi pobre y pequeña reputación se irá a pique si soy tan ingenuo. ¿No encuentra el anuncio, señor Wilson?

—Sí, ya lo tengo —respondió con su dedo grueso y rojizo plantado en la mitad de una columna—. Aquí está. Esto fue lo que dio inicio a todo. Léalo usted mismo, señor.

Tomé el periódico y leí lo siguiente:

LA LIGA DE LOS PELIRROJOS. De acuerdo con las últimas voluntades de Ezekiah Hopkins, de Lebanos, Pensilvania, Estados Unidos, hay otra vacante que permite a un miembro de la Liga cobrar un salario de cuatro libras semanales por unos servicios puramente nominales. Todo hombre pelirrojo, sano de cuerpo y alma, y que tenga más de veintiún años, es un posible candidato. Preséntese personalmente el lunes a las once a Duncan Ross en las oficinas de la Liga, en Pope's Court, en el número 7 de Fleet Street.

—¿Qué diablos significa esto? —exclamé tras haber leído dos veces tan extraordinario anuncio.

Holmes soltó una risita y rebulló en su butaca, como era su costumbre cuando se sentía muy animado.

—Se sale un poco de lo corriente, ¿no es cierto? —dijo—. Y ahora, señor Wilson, comience desde el principio y explí-

quenos todo lo referente a usted, su vida doméstica y el efecto que este anuncio tuvo en su fortuna. Ante todo, tome nota, doctor, del diario y de la fecha.

—Es *The Morning Chronicle* del 27 de abril de 1890. De hace precisamente dos meses.

—Muy bien. Adelante, señor Wilson.

—Pues bien, tal como le he estado contando, señor Holmes —dijo Jabez Wilson, pasándose el pañuelo por la frente—, tengo una pequeña tienda de prestamista en Saxe-Coburg Square, cerca de la City. No es un negocio de envergadura; en los últimos años no ha rendido más que lo justo para permitirme ir tirando. Antes tenía dos dependientes, pero ahora conservo sólo uno y me temo que no puedo pagarle. Sin embargo, él acepta trabajar por la mitad del sueldo con el fin de aprender el oficio.

—¿Cómo se llama ese jovencito tan bien dispuesto? —inquirió Sherlock Holmes.

—Se llama Vincent Spaulding, y no es tan jovencito; es difícil calcular su edad. Reconozco que no puedo desear un ayudante más listo, señor Holmes. Sé que él podría encontrar mejor empleo y ganar el doble, pero si se siente a gusto en mi tienda, ¿por qué iba yo a meterle ideas raras en la cabeza?

—Es evidente. Me parece usted muy afortunado al tener un *employé* que acepta cobrar por debajo del precio del mercado. No es una experiencia corriente entre patronos, en esta época. Pienso si su ayudante no será tan notable como su anuncio.

—Bueno... tiene también sus defectos —puntualizó el señor Wilson—. Nunca ha habido un hombre tan aficionado a la fotografía. Va de un lado a otro con su cámara, cuando debiera estar mejorando su intelecto, y después se mete en el sótano, como un conejo en su madriguera, para revelar

sus fotos. Este es su principal defecto, pero en conjunto es muy trabajador. No tiene vicios.

—¿Sigue con usted, no?

—Sí, señor. Él y una jovencita de catorce años que cocina un poco, cosas sencillas, y hace la limpieza del local. Y esto es todo, puesto que soy viudo y no tuve descendencia. Vivimos apaciblemente, caballeros, y aunque las cosas no den para más, tenemos un techo donde cobijarnos y pagamos nuestras deudas.

»Lo primero que nos desvió de la vida normal fue este anuncio. Spaulding bajó al despacho ese día, hace ocho semanas, con este mismo periódico en la mano, y me dijo:

»—¡Ojalá fuera yo pelirrojo, señor Wilson!

»—¿Por qué?

»—Pues porque hay otra vacante en «La Liga de los pelirrojos» —me contestó—. Representa una pequeña fortuna para el hombre que la consiga. Tengo entendido que hay más vacantes que candidatos, de modo que los ejecutores de la testamentaría no saben qué hacer con el dinero. Si mis cabellos cambiaran de color, he aquí una buena oportunidad que aprovecharía gustosamente.

»—Bueno, pero ¿de qué se trata? —pregunté—. Verá, señor Holmes, yo soy un hombre muy de mi casa y, puesto que los negocios vienen a mí en lugar de tener que perseguirlos yo, a menudo pasaban semanas sin que pusiera los pies más allá del felpudo de la puerta. Por esta razón, poco sabía de lo que ocurría afuera y siempre me agradaba poder enterarme de alguna novedad.

»—¿Nunca ha oído hablar de «La Liga de los pelirrojos»? —me preguntó con los ojos muy abiertos.

»—Nunca.

»—Pues me extraña mucho, porque precisamente usted sería un candidato muy válido para ocupar la vacante.

»-¿Y qué debe hacer quien la ocupe?

»-Realizar un trabajo muy llevadero por el cual percibe doscientas libras al año, y que no debe interferir en sus ocupaciones habituales.

»Ya pueden ustedes imaginar que esto me hizo aguzar el oído, ya que el negocio no ha sido muy bueno en los últimos años y un par de cientos de libras me hubieran ido muy bien.

»-Explíqueme de qué se trata –pedí.

»-Pues verá –me dijo, enseñándome el anuncio–, la Liga tiene una vacante, y aquí están las señas donde puede conseguir más información. Por lo que sé, la Liga fue fundada por un millonario americano, Ezekiah Hopkins, hombre de carácter muy especial. Era pelirrojo y sentía una gran simpatía por los de su mismo color de cabello, de modo que, cuando murió, se supo que había dejado su inmensa fortuna en manos de albaceas testamentarios, con instrucciones de facilitar cómodos empleos a hombres pelirrojos. Por todo lo que he oído decir, la paga es espléndida y lo que se ha de hacer bien poco.

»-Siendo así, habrá millones de pelirrojos que lo solicitarán –dije.

»-No tantos como pueda creer –replicó-. Como verá, la oferta queda limitada a londinenses y a hombres adultos. Hopkins inició su fortuna en Londres cuando era joven, y quiso ser generoso con esta vieja ciudad. Además, me han comentado que de nada sirve presentarse si el cabello es rojizo o rojo oscuro, o cualquier otra cosa que no sea un rojo auténtico, vivo y llameante. Y si usted solicitara la vacante, señor Wilson, la conseguiría fácilmente, pero tal vez no le valga la pena salirse de su rutina normal a cambio de unas pocas libras.

»Es innegable, caballeros, como pueden verlo con sus

propios ojos, que mi cabello tiene un color rojo muy intenso, de modo que si había alguna competición en este aspecto, pensé que mis posibilidades eran tan buenas como las de cualquier otro. Vincent Spaulding parecía tan enterado del asunto que se me ocurrió que podía resultarme útil; así que le ordené que cerrase la tienda y viniese conmigo. Le cayó bien lo de tener un día de fiesta. Después de cerrar nos encaminamos al número 7 de Fleet Street.

»No creo que vuelva a ver en mi vida una cosa como aquella, señor Holmes. Procedentes de los cuatro puntos cardinales, todo hombre que tuviera una tonalidad roja en su pelo se había personado en la City. Fleet Street estaba inundada de pelirrojos y Pope's Court parecía la carretilla de un vendedor de naranjas. Jamás hubiera creído que en el país hubiese tantos pelirrojos como los que reunió aquel anuncio. Estaba representada toda la gama de cabellos rojos, con tonalidades de paja, limón, naranja, ladrillo, setter irlandés, hígado, arcilla y otros. Pero, como Spaulding había dicho, no eran muchos los que lucían un auténtico rojo vivo y llameante. Cuando vi aquella multitud me descorazoné, y me hubiera dado por vencido si Spaulding no hubiese insistido. No sé cómo se las arregló, pero tiró de mí, empujó y dio codazos hasta hacerme atravesar la muchedumbre y subir los escalones que conducían a la oficina. Había una doble corriente humana en la escalera: los que subían esperanzados y los que bajaban con expresión de abatimiento. Sin embargo, nos abrimos paso como pudimos y alcanzamos la oficina.

—Su experiencia ha sido verdaderamente interesante —observó Holmes mientras su cliente hacía una pausa y se refrescaba la memoria con un buen pellizco de rapé—. Le ruego que continúe su interesante explicación.

—En la oficina sólo había un par de sillas de madera y

una mesa escritorio, detrás de la cual se sentaba un hombrecillo con una cabellera incluso más roja que la mía. Decía unas palabras a cada candidato y después se las arreglaba para encontrar en ellos algún «pero» que los descalificara. Por lo visto, conseguir una vacante no parecía ser cosa tan fácil. No obstante, cuando llegó nuestro turno, el hombrecillo se mostró mucho más predispuesto conmigo que con cualquiera de los demás. Cerró la puerta a fin de cambiar con nosotros unas palabras en privado.

»—Es el señor Jabez Wilson —me presentó mi dependiente—, y desea ocupar una vacante en la Liga.

»—Ciertamente satisface todos los requisitos —contestó el hombrecillo—. No recuerdo haber visto nunca algo tan espléndido —dio un paso atrás, inclinó la cabeza a un lado y contempló mi cabello hasta hacerme sentir un tanto abochornado. Después, se adelantó súbitamente, me estrechó la mano y me felicitó calurosamente por mi éxito—. Titubear sería una injusticia —dijo—, pero deberá disculparme por tomar una obvia precaución —agarró mis cabellos y tiró de ellos hasta que aullé de dolor—. Hay lágrimas en sus ojos —comentó al soltarme—. Ahora sé que todo es conforme. Sin embargo, hemos de tener cuidado. Por dos veces han intentado engañarnos con pelucas y otras con tintes. Podría contarles historias de tintes que le harían aborrecer la naturaleza humana.

»Se acercó a la ventana y desde ella gritó con voz estentórea que la última vacante quedaba cubierta. Subió un gruñido de decepción y la gente se dispersó hasta que no quedó ninguna cabeza roja, excepto la mía y la del hombrecillo.

»—Me llamo Duncan Ross —dijo este—. Soy uno de los pensionistas que se benefician del legado de nuestro noble benefactor. ¿Está casado, señor Wilson? ¿Tiene familia?

—Ni desde abajo —replicó Merryweather, golpeando con su bastón las baldosas que recubrían el suelo—. Vaya, ¿qué es esto? ¡Suenan huecos! —exclamó, mirándonos sorprendido.

—Me veo obligado a rogarle que se esté quieto —dijo Holmes con severidad—. Acaba de poner en peligro el éxito total de nuestra expedición. ¿Puedo rogarle que tenga la bondad de sentarse en una de estas cajas y dejar de entrometerse?

El solemne señor Merryweather se sentó en un cajón de embalaje, con la expresión del hombre que acaba de ser gravemente ofendido, mientras Holmes se arrodillaba en el suelo y, con la ayuda de la linterna y de una lupa, empezaba a examinar detenidamente las grietas entre las baldosas. Unos pocos segundos bastaron para que se diera por satisfecho. Se puso de nuevo en pie y se guardó la lupa en el bolsillo.

—Tenemos, como mínimo, una hora por delante —explicó—, pues nada pueden hacer hasta que nuestro buen prestamista esté debidamente acostado. Pero entonces no perderán ni un minuto, ya que, cuanto antes hayan efectuado su trabajo, más tiempo tendrán para huir. Nos encontramos ahora, doctor, como sin duda habrá adivinado, en el sótano de la sucursal de uno de los principales bancos de Londres. El señor Merryweather es el presidente de su consejo directivo y le confirmará que hay buenas razones para que los criminales más audaces de Londres muestren, en estos momentos, un interés considerable por este sótano.

—Se trata de nuestro oro francés —susurró el director—. Ya nos han advertido varias veces de que tal vez se intente algo para hacerse con él.

—¿Su oro francés?

—Sí. Hace unos meses, nos resultó conveniente robustecer nuestros recursos y, con este fin, recibimos a título de préstamo treinta mil napoleones del Banco de Francia. To-

davía no se ha presentado la ocasión de desempaquetar este dinero que aún se encuentra en nuestro sótano. La caja en la que estoy sentado contiene dos mil napoleones distribuidos entre capas de láminas de plomo. Nuestra reserva en oro es en este momento mucho mayor que lo usualmente guardado en una sola sucursal, por esto la dirección ha expresado sus temores al respecto.

—Perfectamente justificados —observó Holmes—. Bien, señores, ha llegado el momento de trazar nuestros pequeños planes. Espero que dentro de una hora las cosas se pongan en marcha. Entretanto, señor Merryweather, coloque la pantalla a esa linterna.

—¿Y quedarnos a oscuras?

—Me temo que sí. Había traído una baraja y pensaba que, ya que somos cuatro, tal vez pudiera tener su partida después de todo, pero veo que los preparativos del enemigo han llegado ya tan lejos que no podemos correr el riesgo de la presencia de una luz. Y ante todo, tenemos que escoger nuestras posiciones. Nos hallamos ante hombres muy osados y, aunque les sorprenderemos en desventaja, pueden causarnos daño si no vamos con mucho cuidado. Yo me colocaré detrás de esta caja y ustedes escóndanse detrás de aquellas. Luego, cuando yo los enfoque con la linterna, rodéenlos en seguida. Si disparan, Watson, no tenga reparos en abatirlos a balazos.

Coloqué mi revólver, amartillado, sobre el cajón de madera, detrás del cual me agazapé. Holmes tapó la pantalla de su linterna y nos dejó en la más negra oscuridad, una oscuridad tan absoluta como no la había experimentado nunca, aunque permanecía el olor del metal recalentado para corroborar que la luz seguía allí, a punto de alumbrar con sólo destapar la pantalla. Con mis nervios en tensión a causa de la insoportable espera, capté una nota deprimente y ame-

drentadora en las súbitas tinieblas, así como en el aire frío y húmedo del sótano abovedado.

–El enemigo tiene un solo camino de retirada –murmuró Holmes–. Volviendo atrás, a través de la casa, hasta Saxe-Coburg Square. ¿Ha hecho lo que le he pedido, verdad Jones?

–Tengo apostados un inspector y dos agentes ante la puerta principal.

–Entonces hemos tapado todos los agujeros. Ahora debemos guardar silencio y esperar.

¡Qué despacio pasó el tiempo! Al comparar notas días después, resultó que sólo transcurrió una hora y cuarto y, sin embargo, a mí me pareció que debía de haberse consumido toda la noche y que el día estaba a punto de despuntar. Tenía las piernas doloridas y envaradas, pues no me atrevía a cambiar de posición, y en cambio mis nervios se habían tensado al máximo y mi oído estaba tan agudizado que no sólo podía oír el leve rumor de la respiración de mis compañeros, sino que incluso era capaz de distinguir la nota frágil y fatigosa de Merryweather de las inspiraciones más profundas y ruidosas del corpulento Jones. Desde mi posición, yo podía mirar por encima de la caja en dirección al suelo. De pronto, mis ojos captaron un destello de luz.

Al principio no fue más que una tenue chispa en el pavimento de piedra, pero después se alargó hasta convertirse en una línea amarilla. A continuación, sin previa advertencia y sin el menor ruido, pareció abrirse una hendidura y surgió una mano, una mano blanca, casi femenina, que palpó a su alrededor en el centro de la pequeña zona luminosa. Durante algo más de un minuto, la mano sobresalió del nivel del suelo, con sus dedos engarfiados, pero después se retiró con tanta rapidez como había aparecido, y todo volvió a quedar a oscuras, salvo aquel tenue destello que marcaba una separación entre las baldosas.

Sin embargo, la desaparición sólo fue momentánea. Con un ruido de fractura, una de aquellas piedras anchas y blancas se inclinó sobre su costado y dejó una abertura cuadrada a través de la cual brotaba la luz de una linterna. En el borde asomó un rostro juvenil e imberbe que miró atentamente a su alrededor, y después, con una mano a cada lado del boquete, el visitante se izó hasta la cintura y logró apoyar una rodilla en el borde.

Momentos después, se encontraba junto al agujero y ayudaba a subir a un compañero, bajo y delgado como él, con una cara pálida y una mata de cabellos de un color rojo muy vivo.

—Todo está tranquilo —murmuró el primero—. ¿Tienes el escoplo y las bolsas? ¿Qué es esto? ¡Salta, Archie, salta, yo ya me las arreglaré!

Sherlock Holmes se había abalanzado sobre el intruso y le había agarrado por el cuello de la chaqueta. El otro individuo se dejó caer a través del agujero y pudo oír el ruido de tela rasgada al aferrar Jones parte de sus ropas. La luz centelleó en el cañón de un revólver, pero el látigo de caza de Holmes descendió sobre la muñeca del hombre, y el arma cayó con un chasquido metálico en el suelo de piedra.

—Es inútil, John Clay —dijo Holmes sin alzar demasiado la voz—. No tiene la menor posibilidad de escapar.

—Ya lo veo —contestó el otro con inusitada frialdad—. Supongo que mi compañero estará a salvo, aunque veo que se han quedado con los faldones de su levita.

—Hay tres hombres esperándole junto a la puerta —dijo Holmes.

—¡Vaya! Veo que lo han dispuesto todo sin omitir detalle. Debo felicitarles.

—Y nosotros a usted —repuso Holmes—. Su idea de los pelirrojos fue de lo más original y efectiva.

–No tardará en volver a ver a su compinche –dijo Jones–. Es más rápido que yo descolgándose por un agujero. Estése quieto mientras le pongo las esposas.

–Le advierto que no me toque con sus sucias manos –exclamó nuestro prisionero mientras las esposas se cerraban alrededor de sus muñecas–. Tal vez no sepa que por mis venas corre sangre real. Asimismo, cuando se dirija a mí llámeme «señor» y pídamme las cosas «por favor».

–Está bien –repuso Jones con una mueca sarcástica–. Entonces, por favor, señor... vamos arriba y tomaremos un coche que conducirá a su alteza a la jefatura.

–Eso ya está mejor –dijo serenamente John Clay, que nos dedicó una amplia reverencia a los tres y se marchó tranquilamente, custodiado por el agente.

–De verdad, señor Holmes –dijo Merryweather mientras lo seguíamos de regreso del sótano–. No sé cómo puede el banco darle las gracias o recompensarle. No cabe duda de que ha detectado y frustrado uno de los más atrevidos intentos de robo a un banco de los que yo haya tenido noticia.

–Yo guardaba un par de cosillas que saldar con el señor John Clay –dijo Holmes–. He incurrido en algunos pequeños gastos al respecto y espero que el banco me los reembolse. Pero, esto aparte, me considero generosamente pagado por haber disfrutado de una experiencia que en muchos aspectos es única, y por haber oído la notabilísima historia de «La Liga de los pelirrojos».

–Ya ve Watson –explicó a altas horas de la madrugada, sentados los dos ante sendos vasos de whisky con soda en Baker Street–, desde un buen principio era perfectamente obvio que el único objetivo posible de esa fantástica cuestión del anuncio de la Liga y aquello de copiar la *Encyclopaedia Britannica* era quitar de en medio al prestamista, de

mentalidad no demasiado brillante, unas cuantas horas al día. Fue una curiosa manera de conseguirlo; de hecho, sería difícil sugerir otra mejor. Sin duda, al ingenioso Clay se lo sugirió el color del cabello de su cómplice. Las cuatro libras semanales eran un cebo que había de atraer al prestamista. ¿Qué significaban para ellos unas pocas libras, cuando pretendían apoderarse de varios miles? Publican el anuncio, un bergante se instala en una oficina provisional, el otro incita al pobre hombre a solicitar la plaza y, entre los dos, se las arreglan para asegurar su ausencia durante cuatro horas todas las mañanas. Apenas oí que el dependiente se conformaba con la mitad del sueldo, me resultó evidente que tendría una razón muy poderosa para conseguir aquel empleo.

—Pero ¿cómo pudo sospechar cuál era el motivo?

—De haber vivido mujeres en la casa, yo habría sospechado una mera intriga de lo más vulgar. Sin embargo, debía descartarse por completo. Ya que el negocio del prestamista era pequeño y nada había en su casa que pudiera justificar tan complicados preparativos, amén de los gastos en los que incurrían, había de tratarse de algo ajeno a la casa. ¿Qué podía ser? Pensé en la afición del dependiente a la fotografía y en su costumbre de desaparecer en el sótano. ¡El sótano! Ahí estaba el cabo suelto de tan enmarañada pista. Efectué algunas indagaciones acerca del misterioso dependiente y descubrí que tenía que habérmelas con uno de los criminales más fríos y audaces de Londres. Algo estaba haciendo en el sótano... algo que requería varias horas al día durante cierto tiempo. Una vez más: ¿qué podía ser? No se me ocurría otra cosa que la posibilidad de que estuviera construyendo un túnel para llegar a otro edificio.

»Hasta aquí mis razonamientos, antes de desplazarnos al escenario de la acción. Le sorprendería, Watson, verme golpear el pavimento con mi bastón. Quería verificar si el

sótano se prolongaba por la parte anterior o por la posterior de la casa. Por delante no era. Llamé entonces a la puerta, y tal como yo esperaba, el dependiente acudió a abrirla. Habíamos librado algunas escaramuzas en el pasado, pero hasta el momento ninguno de los dos conocía de vista al otro. Apenas miré su cara. Eran sus rodillas lo que yo quería ver. Supongo, Watson, que se fijaría en lo desgastados, arrugados y sucios que estaban sus pantalones a la altura de sus rodilleras. Hablaban de horas y horas de arrastrarse arrodillado, excavando. Di la vuelta a la esquina y vi que el City and Suburban Bank daba a la tienda del prestamista. Supe entonces que había resuelto mi problema. Cuando usted volvió a su casa después del concierto, yo visité Scotland Yard y también al presidente del consejo del banco, con los resultados que ha podido ver.

—¿Y cómo averiguó que realizarían su intento esta noche? —inquirí.

—Cuando cerraron la oficina de la supuesta Liga, ello me indicó que había dejado de importarles la presencia de Jabez Wilson. En otras palabras, que ya habían terminado su túnel. Sin embargo, era esencial que lo utilizaran cuanto antes ya que podía ser descubierto. O bien que el oro fuese trasladado a otra parte. El sábado les resultaba el día más conveniente, puesto que tenían un fin de semana por delante. Esto les facilitaba cuarenta y ocho horas para su fuga. Por todas estas razones, yo esperaba que se presentaran esta noche.

—¡Espléndido razonamiento! —exclamé con no fingida admiración—. Cada eslabón de esta larga cadena es de lo más consistente.

—Me salvó del aburrimiento —me contestó, bostezando—. Por desgracia, ya lo noto cerniéndose sobre mí. Mi vida se consume en un largo esfuerzo destinado a escapar de los

lugares comunes de la existencia. Y estos problemitas me ayudan a conseguirlo.

–Es un benefactor de la humanidad –dije.

Se encogió de hombros.

–Bien, tal vez sea de una cierta utilidad, después de todo –observó–. *L’homme c’est rien, l’œuvre c’est tout*, como le escribió Gustave Flaubert a George Sand.